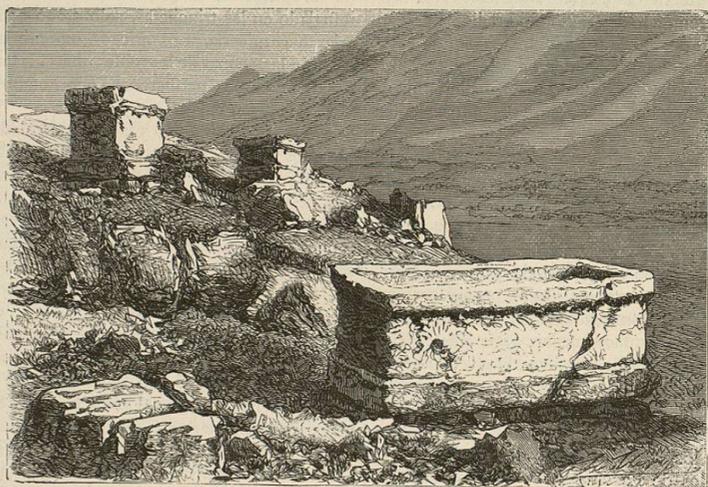


La escuadra griega había permanecido, desde principios de setiembre de 479, inactiva en las aguas de Delos, cuando tres representantes del demos de Samos se presentaron al rey Leotíquidas y le invitaron á que se dirigiese á aquella isla y con ayuda del pueblo destronase al tirano y trabase una batalla con la escuadra persa que estaba anclada en sus aguas. El enérgico Leotíquidas y los demás caudillos aceptaron el plan, y dos días después de haberse marchado los enviados, encaminóse la escuadra griega hácia Samos, que había sido de antemano admitida en la liga griega. Apenas los almirantes persas, que no confiaban mucho en los jonios, vieron aparecer á la escuadra de Leotíquidas, abandonaron la rada de Samos, lleváronse consigo los buques y las tripulaciones de esta isla y se dirigieron á la costa del continente jonio, hácia las vertientes meridionales del cabo Micale. Al

llegar á este sitio, despidieron á los buques fenicios, se reunieron con el ejército terrestre del general Tigranes y de Masistes, que se encontraban en aquellas costas, y se prepararon para una defensa tan enérgica como les fuese posible. En las cercanías del campamento persa, junto á los torrentes Gaison y Escolopois, se colocaron los buques que habían sido sacados del mar, y que, lo propio que sus tripulaciones y ejército de tierra se hallaban protegidos por fuertes empalizadas. De modo que junto á Micale acampaban 100,000 hombres bien defendidos, de los cuales 60,000 eran guerreros de toda confianza.

A pesar de esto, Leotíquidas, que solo acaudillaba 3,500 hoplites, entre ellos 2,000 atenienses, se atrevió á atacar tan imponentes fuerzas, según se dice, el mismo día en que se daba la batalla de Platea, no creyendo que los generales



Sarcófagos de Platea

persas tuvieran tantas tropas y contando con que muchos griegos del campamento enemigo se le pasarían. En tal estado comenzó á reconocer con su escuadra las posiciones que ocupaban los persas. Cuando los vio colocados fuera de la empalizada, es decir, en la playa, dirigióse á ellos con su capitana y mandó que los heraldos griegos anunciaran al ejército persa «que su grito de guerra durante el combate que se iba á trabar sería «Hebe», y que los jonios se acordarian de su libertad». Esta astucia fué causa de que los generales persas se desprendieran de los contingentes griegos que les eran sospechosos, desarmando á los samios y alejando del campamento á los milesios, á pretexto de que fuesen á guardar los pasos de las montañas. Los persas se mostraron demasiado indolentes y fanfarrones, cuando Leotíquidas desembarcó su pequeño ejército al Este del campamento persa, desplegando el siguiente orden de batalla: el ala izquierda la formaba una línea de hoplites escogidos dando frente al Oeste, y apoyando á Leotíquidas en la costa; en esta ala estaban los atenienses mandados por Xantipo: el centro estaba compuesto de soldados de Corinto, Sicione, Trezene, Megara y Egina, y el ala derecha la constituían los espartanos.

A media tarde pudo Leotíquidas dar la señal para que su ejército marchase contra los persas, que entre tanto se ponían en orden de batalla. Habiendo el ala derecha de los griegos tenido que dar un gran rodeo para pasar un valle, los

atenienses y los hoplites de Corinto, Sicione y Trezene, tuvieron que pelear solos durante mucho tiempo. El gran número y el valor de los asiáticos hacia muy difícil para la pequeña hueste de los griegos la victoria; así es que tuvieron considerables pérdidas. Cuando, por fin, los generales persas retrocedieron y se refugiaron en las trincheras, les acosaron los griegos con mayor energía, se sublevaron los samios del mismo campamento atacando á los persas con las armas que encontraron, y se unieron á los atenienses los demás contingentes griegos que se hallaban en las filas enemigas. En tales condiciones, fué imposible á los generales persas reorganizar el ejército: solo los pocos regimientos de nacionalidad persa sostuvieron durante algun tiempo la lucha en el campamento; hasta que la llegada de Leotíquidas y de los espartanos les obligó á emprender una fuga desordenada. Cuando al cerrar la noche huían precipitadamente los asiáticos hácia las alturas de Micale, cayeron sobre ellos los milesios, una parte de los cuales destruyó á los persas, mientras los otros se entregaban á los griegos con hipócrita fidelidad. Los asiáticos perdieron en la batalla y en la fuga unos 40,000 hombres, entre ellos los generales Tigranes y Mardontes. Las demás tropas que no se habían pasado á Leotíquidas fueron salvadas por el príncipe Masistes, que las condujo en desorden á Sardes.

Las vencedoras tropas griegas eran hartamente escasas para poder

proseguir la guerra en las costas asiáticas, por lo cual después de haber destruido la escuadra y las trincheras de los persas, se dirigieron á Samos, donde celebraron un nuevo y decisivo consejo de guerra. Los peloponesios eran de opinión de que los jonios, cuya defensa permanente contra el gran rey era una empresa superior á las fuerzas griegas, fuesen conducidos á Grecia y se les diese la posesión de todas aquellas ciudades cuyos habitantes se habían aliado con los persas. Los atenienses se declararon abiertamente contrarios á esta abominable idea, creyendo que una parte, por lo menos, de los griegos de las costas orientales eran bastante fuertes para sustraerse á la soberanía de los Aqueménides, y combatieron formalmente el derecho que se atribuían los peloponesios de disponer para el porvenir de los jonios como colonos griegos. Por fin se acordó que provisionalmente los griegos del continente asiático serían abandonados á sí mismos, y que los de las islas de Samos, Chio y Lesbos serían desde luego incluidos en la liga helénica.

Tomada esta determinación, se dirigieron los griegos hácia el Helesponto para cortar, si era posible, la retirada á los asiáticos procedentes de Beocia; pues ignoraban todavía que hubiesen sido rotos los puentes de barcas construidos entre Sestos y Abydos. Cuando Leotíquidas vió que no se encontraban ya en el Helesponto estos puentes, suspendió su expedición y condujo á su patria á los peloponesios coronados

de los laureles de la victoria. Xantipo, el enérgico ateniense, resolvió, por el contrario, antes de regresar á su país, dar una gran batalla para reconquistar en nombre de Atenas el antiguo principado ático de Milciades, en el Quersoneso tracio, á fin de poseer en el territorio persa un rincón de tierra, cerrar por tanto á los persas el Helesponto, y dotar al Estado ático de un importante centro de producción. Protegido por los buques de guerra jonios y los guerreros de la pequeña península, atacó á la soberbia Sestos, la capital del Quersoneso, fuerte sí, pero falta de provisiones. El sátrapa Artaites que gobernaba en ella se defendió durante mucho tiempo con inaudita perseverancia: el miserable Artabazo llegó á mediados de noviembre de 479 al Quersoneso, fugitivo de Grecia; pero espantado por un aviso que recibió, notificándole que los atenienses se encontraban allí, sin pérdida de momento se dirigió al Bósforo y penetró en el Asia; á pesar de cuya decepción Artaites se resistió audazmente. El hambre le obligó á abandonar la ciudad, dispersándose su ejército en la llamada «fuente de las cabras.» El mismo Artaites cayó en manos de los griegos y en venganza de su brutal crueldad fué crucificado en Madytos. Entonces terminó para los atenienses la campaña, pasando Sestos á ser posesión ática. Xantipo se apoderó también de las islas de Lemnos é Imbros, y en la primavera de 478 llegó al Pireo ático con sus fatigadas y victoriosas tropas.

## CAPÍTULO II

ÉPOCA DE LA UNIDAD PANHELÉNICA (DESDE 478 HASTA 461 ANTES DE JESUCRISTO)

- I. Importancia de la victoria conseguida por los helenos sobre los persas.—II. Reconstrucción de los muros de Atenas.—III. Esparta, como primera potencia de la unidad panhelénica.—IV. Aristides lleva á cabo en Atenas la igualdad de derechos políticos.—V. Catástrofe de Pausanias.—VI. Formación de la liga délfica bajo la dirección de Atenas.—VII. Actividad de los atenienses y de la escuadra aliada.—VIII. Cimon. Decadencia de Temístocles.—IX. Victoria alcanzada por Cimon en el Eurimedon.—X. Pausanias. Decadencia de Pausanias.—XI. Temístocles en Persia.—XII. Guerra de los atenienses contra Naxos y Thasos.—XIII. Efiltes y Pericles, adversarios de Cimon, en Atenas.—XIV. Decadencia de la situación de Esparta en el Peloponoso.—XV. Tercera guerra mesénica. Rompimiento entre Atenas y Esparta.

### I.—IMPORTANCIA DE LA VICTORIA CONSEGUIDA POR LOS HELENOS SOBRE LOS PERSAS

Contra todo lo que era de esperar, una parte resuelta y valerosa de los helenos consiguió apartar de su patria el inminente peligro de la invasión persa. Lo que parecía imposible, se había convertido en hecho real: todo el poder de Oriente, la escuadra y los innumerables ejércitos de los Aqueménides, cuya simple marcha, al decir de los contemporáneos, sin exceptuar la corte de Siracusa y el clero griego de Delos, había de destruir seguramente las débiles fuerzas de los helenos de la madre patria, se habían visto en la imposibilidad de llevar á cabo el plan de Darío, y de reducir á la soberanía irania, como habían hecho antes con Chipre, Jonia y Helesponto, los territorios todavía independientes del mundo griego. Los helenos habían conquistado el derecho de recordar con orgullo, hasta los últimos momentos de la liga aquea, las gloriosas jornadas de Salamina, Platea y Micale. En estas batallas los griegos no solo recogieron en las aguas áticas, en el Asopo y en las costas jonias, el inmortal laurel de la victoria, sino que con ellas coincidió el conquistar una importancia histórica universal. La invasión de los iranos en el

Occidente había sido para siempre rechazada y contenida: la suerte de los Aqueménides comenzaba á declinar visiblemente, y su poder disminuía cada vez más. Los griegos habían alcanzado algo más que una tranquilidad permanente. No solo demostraron en esta ocasión por primera vez su plenitud de fuerzas y su superioridad militar y moral sobre el Oriente; no solo la antigua enemistad entre los griegos y los «bárbaros» adquirió nueva importancia á partir de ese período; sino que había llegado el momento en que la dirección del movimiento histórico universal debía pasar de los grandes pueblos civilizados de Oriente á aquella rama de la nación griega, que se extendía entre el Estrimón y el pedregoso valle del Taygeto, y que debía conservarla hasta la victoria decisiva de las legiones italianas sobre el genio del más eminente de los africanos fenicios.

Las importantes batallas del año 479 decidieron la victoria de los griegos sobre los persas. Según costumbre de la antigüedad, las cosas habían llegado á un punto en que no era aventurado pensar que un tratado de paz regularizara de nuevo las relaciones entre la corte de Persia y los griegos aliados; mas, por el contrario, durante los treinta años siguientes á la guerra, las relaciones entre los pueblos de aqueude y allende

hombre insigne que nunca había temido oponerse decididamente á Esparta, había traspasado ya el zenit de su crédito y comenzaba á decaer. Ciertamente todavía le era dado echar los sólidos y seguros fundamentos del futuro poder de su madre patria. Dos años después de la batalla de Platea quedaban terminadas las colosales obras de fortificación, en las cuales, además de las grandes murallas áticas, se había planteado el sistema de trincheras del Pireo. Un fuerte muro de 16 pies de espesor por 30 de altura, construido con grandes cubos de piedra, rodeaba la península en una extensión de tres horas, protegía la entrada del puerto, y con ella los muchos buques de guerra y mercantes, astilleros y arsenales, y defendía un espacio, dentro del cual debía florecer una segunda Atenas. Faltaba dar una fuerza invencible á la nueva metrópoli del mar Egeo, por medio de una línea de murallas que uniese á Atenas con la ciudad del puerto; y Temístocles, á fin de que Atenas siguiese la dirección que le marcaba el camino de su grandeza histórica, hizo que los ciudadanos publicasen una ley (477 antes de Jesucristo) que exigía se aumentase anualmente el contingente de la escuadra con veinte embarcaciones.

#### IV. — ARÍSTIDES ESTABLECE EN ATENAS LA IGUALDAD DE DERECHOS POLÍTICOS

Pero los atenienses que admiraban el genio y las extraordinarias cualidades de aquel hombre de Estado, que no tuvo igual en la historia griega, conocían también el lado desagradable y peligroso de su carácter, como su gran vanidad, poco disimulada, su poco escrupuloso afán de ganar dinero y la desconsiderada explotación de su influencia personal. Por eso, especialmente después de las últimas negociaciones con Esparta, prefirieron someterse á la dirección política de aquel otro eminente hombre de Estado que tan bien completaba la época de Temístocles, Aristides. Este confirmó entonces la idea de estar á la altura de los acontecimientos y de amoldarse con inteligencia á las necesidades de la patria, completando, bajo el punto de vista de la política colonial y como leal colega de Clístenes, la gran reforma de este último. Ordenó Aristides que la cuarta clase de los ciudadanos, que, durante la guerra persa habían mostrado gran valor militar y elevado patriotismo, tuviese iguales derechos políticos que las otras tres, de modo que el derecho tan estimado de elegir arconte se extendió á todos los atenienses sin distinción de clases. La celebridad de sabio hombre de Estado que había adquirido Aristides se aumentó con esta medida tan oportuna en aquellas circunstancias, pues que muchos individuos de las tres clases propietarias se habían visto arruinados por la guerra y corrían el peligro de ver recompensados sus patrióticos sacrificios con la pérdida de sus derechos políticos, en el caso de que se conservara el antiguo régimen. Las consecuencias prácticas de esta ley, la eficacia real del cambio del sistema hasta entonces vigente, consistieron en que los simples propietarios de bienes muebles participaban del poder lo mismo que los poseedores de grandes inmuebles, de modo que muchísimas veces desempeñaron á partir de esta época el cargo de arconte. A esta modificación del antiguo sistema siguieron algunas otras: por un lado la política interior ateniense tendió á disminuir la plenitud de poder de que antes gozaban los arcontes, á separar la justicia de la administración, y á equiparar el arcontado con los cargos administrativos, de vigilancia y de registro; y el sistema nuevo procuró que, no por elección, sino por suerte fuesen desempeñados estos y otros muchos cargos, á excepción de los de guerra y hacienda que continuaban siendo elegibles. Es también muy probable que se hicieran algunas concesiones á la minoría aristocrática. Aristides comprendió perfectamente que debía atenderse por

igual á los intereses de las distintas capas del pueblo ático, hermanando los antiguos elementos del Atica con los que nuevamente aparecían y contentando á las hechuras de Temístocles. De este modo se hizo el hombre más popular de Atenas, aun prescindiendo de la alta consideración que se había conquistado por su carácter personal, y consiguió, gracias á los nuevos sucesos que acontecieron, eclipsar por completo á su antiguo rival.

Los aliados helenos, bajo la dirección superior de Esparta, consideraron que el primer plan militar que debía seguirse, en cuanto se hubieron repuesto de las anteriores fatigas, era emprender de nuevo la lucha contra Persia é impedir que el ejército y la escuadra de Jerjes pudiese llegar á Grecia, sin esperar que el gran rey volviese en sí de su estupor y arrojase nuevas tropas á las costas jónicas y tracias. Los griegos ignoraban el golpe que habían recibido la dinastía y el orgullo de los Aqueménidas, y sentaban el principio de que debían seguir la lucha contra los persas, no ya con el escudo, sino con la espada, es decir no manteniéndose á la defensiva, sino tomando la ofensiva, como habían hecho Xantipo y Leotíquidas, y conquistar las posiciones que eran para los persas las puertas que les abrían la entrada de Grecia. Todavía conservaba Esparta el espíritu y los hombres que, recordando las batallas de Micalé y Platea, pensaban no solo en destruir el poder de los Aleuadas de Tesalia, adictos á los persas, sino también en hacer reconocer por medio de la fuerza la hegemonía de los espartanos.

#### V. — CATÁSTROFE DE PAUSANIAS

Pausanias, el vencedor de Platea, se hizo á la mar en la primavera de 477 con la escuadra de los griegos aliados, compuesta de cien embarcaciones, de las cuales veinte eran peloponésias, treinta atenienses mandadas por Aristides y por el general Cimón, hijo de Milciades, y el resto jónicas. El primer ataque fué audazmente dirigido contra Chipre, logrando los griegos conquistar la mayor parte de esta isla, tan abundante en excelentes puertos, en productos de toda clase y en maderas de construcción naval. Con esto pudieron ocupar una magnífica posición estratégica en el centro del antiguo dominio marítimo de los fenicios, que les permitía vigilar muy de cerca los más importantes puertos persas, tanto por la parte fenicia, como por la panfilo-lia.

Desde Chipre se dirigieron los griegos hacia el Norte para atacar á Bizancio, conquistando de paso algunas otras ciudades jónicas y helespónticas que se hallaban en poder de los persas. Llegado que hubieron á aquella, le pusieron sitio y, después de algún tiempo, entraron vencedores en la ciudad. Esta victoria era de suma trascendencia, pues con ella los helenos arrebataban á los Aqueménidas la llave del mar Negro, el puente del Bósforo, la parte más importante de la cordillera que une la Persia con las comarcas que se extienden entre el Estrimón y la Propóntide. Preparábase, pues, todo para que se agregasen al territorio europeo las posiciones que todavía poseían los persas; pero la pérdida de Pausanias interrumpió por mucho tiempo la continuación de la guerra.

Pausanias, embriagado con la victoria de Platea, había demostrado desde aquel gran día, por más que no á él solo se hubiese debido la derrota de los persas, que no tenía fuerzas suficientes para soportar su buena fortuna. Esparta conocía por vez primera que la austera tendencia de la disciplina de Licurgo no preservaba á sus gobernantes del peligro de perder, lejos del Eurotas, la prudencia y la presencia de espíritu. Mas aun, algunos hombres eminentes de aquella raza, y en aquel momento un general de la casa real de los Herá-

clidas, podían caer en la tentación de atravesar las fronteras, allende las cuales el gobierno espartano había desterrado al descendiente de los reyes arbitrarios. Nadie podía temer ni sospechar siquiera que Pausanias, dos años después del día más grande de su vida, dos años después del incremento de la nación griega, rompiera tan abiertamente con su constitución, y que llegase al extremo de maquinarse una alta traición contra Grecia, y de encontrar envidiable la suerte de los príncipes que, como los sátrapas, doblaban su cerviz ante el cetro del rey de Susa.

Pausanias salió de la ciudad de Bizancio recientemente conquistada, alióse con Jerjes y se le ofreció espontáneamente como instrumento para dominar á los helenos y someterlos á la soberanía persa, ofrecimiento que fué aceptado desde luego. Esta pérdida intriga hubiera podido ser muy perjudicial para el porvenir de Grecia á haber podido Pausanias disimular su temeridad y su capricho, propio de un tirano. La falta que cometió de hacer alarde de los usos y maneras de un sátrapa persa, sublevó la cólera general; y la brutal rudeza y el orgullo que se permitió para con los bizantinos y los aliados, acabó por inducir á estos últimos á acudir en queja á sus compañeros de raza atenienses, cuyos caudillos, el benigno y prudente Aristides y el noble, intrépido y afable Cimón, se habían conquistado las simpatías de todo el ejército.

Los generales áticos atendieron las quejas de los aliados, prometieron auxiliares y se dirigieron á Esparta. Los eforos llamaron á Pausanias para que compareciera á juicio; pero era inútil: las cosas habían tomado un carácter tal, que la escuadra jónica se había ya negado á obedecer á Pausanias y se había puesto á las órdenes de los atenienses. Pausanias que entonces no contaba con medios suficientes para resistir abiertamente las órdenes de los eforos, regresó con los buques peloponésios á su patria; y cuando el almirante espartano Dorcis apareció en Bizancio, no encontró medio para apoderarse de la dirección marítima que realmente había pasado á los atenienses, prefiriendo retirarse de nuevo á Laconia. Con este episodio (476) se enlaza el movimiento que se iniciaba tan importante para el porvenir de Grecia y que debía llevar al engrandecimiento de Macedonia en tiempo de Filipo.

Grande fué la indignación que causaron en Esparta las escenas ocurridas en Bizancio, cuyas causas determinantes fueron ignoradas durante mucho tiempo por los eforos, en lo que se refería á la pérdida intriga de Pausanias. Hubo un momento en que pareció inminente una guerra con Atenas, pero pronto se renovaron las amistades. Predominó, por fin, la opinión sostenida por el geronte Hetemáridas de que los espartanos obrarían mejor no arriesgándose á expediciones marítimas ni á empresas allende los mares, que solo podían ser un perjuicio para el orden, la disciplina y las costumbres de sus soldados y de sus generales; y que consistiendo la verdadera fuerza de Esparta en el ejército de tierra, debía dejarse la supremacía marítima á los atenienses. Confesóse, aunque no abiertamente, que la educación moral, militar y política de los ciudadanos dorios de Laconia, que había probado muy bien hasta entonces en las cuestiones del Peloponeso, no bastaba para satisfacer las necesidades de los nuevos tiempos y para justificar la pretendida situación panhelénica de Esparta. En vista de ello, se sentó la teoría de derecho público, que hacía mucho tiempo se había puesto en práctica con gran tenacidad por todos los Estados y partidos que no sentían simpatías por la joven y democrática Atenas, de que Esparta era de derecho, y conforme á todos los tratados, la primera potencia helénica. Efectivamente, después de la batalla de Platea, ejercía Esparta su soberanía en el continen-

te desde el Tanaro hasta el Olimpo. Cuando los atenienses, en amistosas relaciones con el Estado espartano, echaron sobre sí la pesada carga de seguir la guerra por mar á costa de su erario y de sus hombres, pareció justo que se concediese como recompensa á Atenas la dirección política y militar de las islas y Estados marítimos, cuya defensa incumbió desde entonces á la escuadra ática. De este modo pudieron considerar los espartanos y los elementos laconizados, la nueva situación de Atenas, que la ponía al frente de las comunidades jónicas, como una especie de delegación ó comisión que les confiaba la primera potencia panhelénica. En realidad, esta teoría, esta ficción de derecho público, fué bastante para disimular el naciente dualismo y asegurar por una serie de años la posibilidad de la existencia de la unidad nacional griega. A ello contribuyó por un lado el recuerdo de la fraternidad de armas durante la gran crisis; por otro las formas flexibles y las atentas prácticas de los hombres de Estado áticos; y finalmente una serie de dificultades que repetidas veces paralizaban las fuerzas de los espartanos. Esparta dejó que los atenienses organizaran sólidamente la nueva liga jónica, que vino á ser una especie de alianza estrecha, que, paralela á la espartano-peloponésia, funcionaba dentro de la gran simmaquia panhelénica.

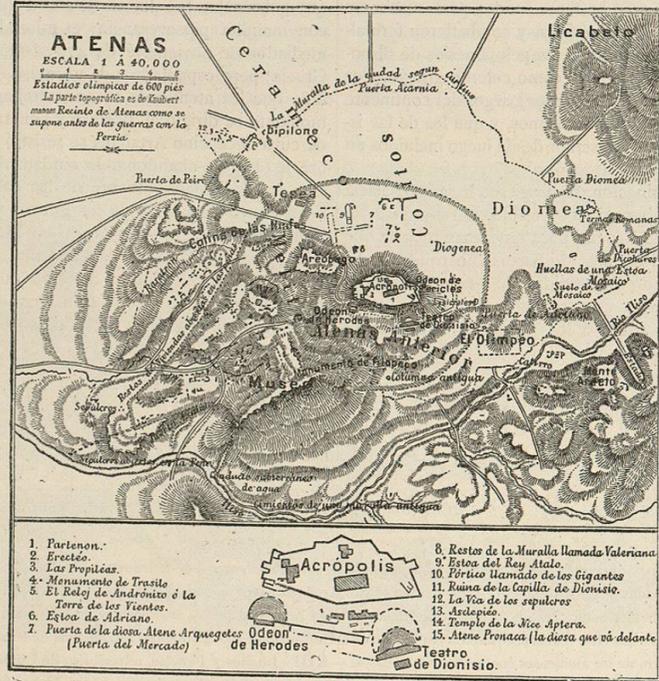
#### VI. — FORMACION DE LA LIGA DÉLFICA BAJO LA DIRECCION DE ATENAS

Los atenienses, por su parte, se apresuraron á asegurar, durante el año 476, la conquista política que había puesto en sus manos la traición de Pausanias. Era, sin embargo, poco para ellos la dirección de los aliados jónicos: Atenas y los Estados jónicos arrebatados á los persas, no pudieron en modo alguno aventurarse, para conservar su independencia, á emprender una lucha muy dudosa ó una serie de guerras trascendentales. Así como debían asegurar los resultados de su extraordinario sacrificio durante la última guerra persa, del mismo modo se vieron obligados á organizar prácticamente las fuerzas que se hallaban á las órdenes de Atenas y de los marinos griegos, entre los cuales no se contaban los de Egina, Megara y Corinto, eternos rivales de los atenienses. Según los hombres eminentes de Grecia, para esto era necesaria la formación de una estrecha alianza. Y fué una suerte extraordinaria para Atenas el no haber designado para organizar la nueva simmaquia, gracias á las circunstancias, al violento y temido Temístocles, á quien se debía este nuevo fundamento de la grandeza ática, sino al apreciado Aristides que se mostraba más humano en la aplicación del derecho y que en cuestiones de dinero había manifestado mayor probidad. La nueva creación debió unir interiormente la destreza guerrera y la influencia necesaria de Atenas con la igualdad y la completa libertad é independencia de los aliados. En este sentido la reunión de estos aprobó unánimemente la constitución de la nueva alianza á consecuencia de la cual se dió á Atenas en el exterior la representación y defensa diplomática y militar de los intereses de la liga. Esta y la potencia directora no debían ejercer influencia alguna en las relaciones interiores de cada uno de los aliados: cada comunidad aliada era libre é independiente en punto á su constitución, administración, legislación y justicia. El centro local de la simmaquia no fué Atenas, sino la isla de Delos, antiguamente sagrada para la raza jónica, y de aquí que comúnmente se designase con el nombre de *délfica* esa alianza. Allí se reunió la asamblea de los aliados, en la cual tenían igual derecho de sufragio todos los Estados, así los grandes como los pequeños, y en la cual se trataba de la dirección de la guerra, de la hacienda y de los demás intereses comunes. Posteriormente resolvió, también, las cuestiones que entre

el mar Egeo conservaron su carácter hostil; y hasta la marcha de los hoplites griegos del espartano Clearco por la llanura de Cunaxa, la política persa fué contraria á los griegos recordando siempre las expediciones de Jerjes.

Los griegos, por su parte, despues de la batalla de Micala, no pensaron en entregarse al descanso, sino que quisieron llevar la guerra á las antiguas posesiones del gran rey y liberar, en lo posible, á sus hermanos de allende el mar Egeo. Viéronse, sin embargo, antes precisados á organizarse en su

propia comarca y á reedificar sus arruinadas ciudades. Nada tenian ya que temer de los persas; cierto que subsistian en Europa plazas fuertes persas, que se extendian desde Bizancio hasta los límites de Macedonia. Pero el jóven y enérgico rey Alejandro I, hijo de Amintas, que por fin, desde que ocupó el trono (498), podia por primera vez respirar libremente, se habia separado de la causa persa inmediatamente despues de la batalla de Platea, y comprometido políticamente de tal modo que á partir de aquel momento debia ayudar á los he-



Plano de Atenas.

lenos en cualquier nueva guerra que emprendiesen. Añádase á esto que no solo pudo anexionarse como parte integrante de su imperio los cantones macedónicos de Lyncestis, Orestis y Elimiotis, que habian constituido una satrapía persa, sino que pudo extender hasta el Estrimon su soberanía, á modo de fuerte baluarte de Grecia, gracias á la sujecion de algunas rústicas tribus orientales.

Despues de la batalla de Micala no pensó el rey Jerjes en atacar de nuevo á los griegos; las grandes catástrofes de los años 480 y 479, la vergüenza que habia caido sobre las armas persas, habian destruido completamente sus fuerzas. Despues de la batalla de Micala solo pensó en conservar, á lo menos, sus antiguas posesiones de Asia y Tracia: para ello retiró una parte de sus tropas del Asia Menor y dió orden de que se pusiese á la capital de la Frigia meridional, Celene, en condiciones de ser una inexpugnable fortaleza central. El mismo se retiró por Babilonia á Susa, en donde apareció todavía como rey del harem y decayó cada vez mas de la elevada posicion en que se habian colocado los fuertes monarcas de la casa real persa.

II.—RECONSTRUCCION DE LOS MUROS DE ATENAS

En tales circunstancias pudieron los helenos respirar con

entera libertad. Los atenienses ante todo procuraron dar nueva fuerza y suntuosidad á su ciudad, con cuyo destino se hallaban intimamente ligados todos los elementos democráticos de Grecia y en primera línea los de la raza jónica. Antes de que tocase á su fin el invierno que siguió á la batalla de Platea y de que regresase del Helesponto la victoriosa escuadra, se comenzaron las obras de las nuevas construcciones. Aquí brilló de nuevo el probo consejo del previsor Temístocles. El pensamiento de no tocar á las ruinas de la ciudad baja y sí solo á las de la Acrópolis, y de construir de nuevo la capital del Atica en el Pireo, no se realizó por escrúpulos religiosos y por las dificultades del culto que prevalecian entre los atenienses, tanto como entre los espartanos. Pero la nueva Atenas que se levantaba sobre sus ruinas, no debia construirse al modo que las grandes ciudades griegas, sino de manera que fuese en lo porvenir digna de ser la metrópoli de un nuevo imperio marítimo, y pudiese, en el caso de una guerra, proporcionar á la poblacion agrícola del Atica un seguro asilo. La línea de murallas con que se dotó á la ciudad que de nuevo se levantaba, fué mucho mas extensa que la que existia durante el siglo sexto, y se llevaron á cabo con extraordinaria actividad las fortificaciones del puerto. Es en alto grado característico como vicio de la poblacion griega, como ejemplo de lo que pueden la pasión y el egoismo. can-

tonales, que los atenienses se vieran precisados á conquistar luchando y á despecho de los que hasta entonces habian sido sus aliados, el derecho de cercar su ciudad. La envidia que los peloponesios y eginetas sentian hácia Atenas, cuyas imponentes fuerzas durante la lucha habian despertado en sus vecinos un sentimiento de tenebrosa inquietud para el porvenir, hizo que Esparta, que se encontraba al frente de la liga griega, exigiese de los atenienses formalmente la suspension de las obras emprendidas para la reconstruccion de las murallas. Fundábase para ello en la teoría militar y política, tan infundada como injuriosa para Atenas dada su conducta durante los últimos años, de que en caso de una guerra con Persia, la Grecia central quedaba indefensa y de que podia ser muy perjudicial para una retirada general del ejército griego hácia el Peloponeso, la existencia de una ciudad fortificada en el centro de Grecia, que podia llegar á ser, como habia ya sucedido con Tebas, un punto de defensa para los enemigos. Los atenienses no podian ni querian aventurarse á oponerse con la fuerza á tan indignas exigencias; así es que apelaron á la astucia y á una determinación rápida. Por de pronto no se resistieron á la intimación que se les habia hecho; y despues Temístocles, que podia contar con sus antiguos aliados de Esparta, se presentó como enviado en la capital del Peloponeso, donde pasó mucho tiempo esperando la llegada de sus colegas, mientras por órden suya se trabajaba día y noche en Atenas en la reconstruccion de las murallas. Cuando estas se hallaron en estado de poder resistir un ataque (en el invierno de 479 á 478), llegaron á Esparta los otros emisarios áticos Aristides y Abronico. Temístocles calificó de falsas las noticias que recibian los eforos de los eginetas, dándoles cuenta del estado de las cosas en Atenas é invitó á los espartanos á que enviasen á la capital ática algunos representantes de su confianza para enterarse de ellas. Llegado que hubieron estos á Atenas fueron detenidos como rehenes, segun se habia ya convenido de antemano, para que respondieran de la seguridad de los enviados atenienses; y entonces Temístocles declaró á las autoridades espartanas rotunda y abiertamente que los atenienses reivindicaban el derecho de decidir por sí mismos si su ciudad debia ó no tener murallas, dado que la alianza de los helenos descansaba en el principio fundamental de una independencia igual para todos sus miembros. Esparta y los peloponesios tuvieron que dejar desenvolverse tranquilamente los acontecimientos de Atenas y desistir del mejor modo posible de aquella negociacion diplomática fracasada.

III.—ESPARTA COMO PRIMERA POTENCIA DE LA UNIDAD PANHELÉNICA

No debia pasarse mucho tiempo sin que Esparta se viese obligada á consentir en una renuncia mas sensible todavía. El fin de la gran lucha con Jerjes y Mardonio levantó en alto grado la consideracion política de que gozaba la potencia peloponésica. La mayoría de los griegos ni entonces ni despues, quiso reconocer que la victoria se debia principalmente á los atenienses. Las últimas grandes batallas contra los persas fueron dirigidas por los príncipes espartanos; la de Platea se consideró tambien como victoria conseguida por estos. Muy pronto se dieron al olvido todos los errores políticos del gobierno de Esparta y los errores militares de la direccion de su ejército: el inmortal nombre de Leónidas, la suerte decidida de Pausanias, la reciente temeridad de Leotíquidas, coadyuvaron á que recayese en Esparta por lo menos la preponderancia política de la lucha; mientras los lugares que habian sido teatro de los principales episodios de la guerra greco-persa se cubrieron de monumentos conmemorativos de diversas clases; mientras los artistas plásticos de Grecia se ocuparon en adornar los santuarios del Istmo, de

Delfos y Olimpia con las mas preciosas obras de arte, gracias al botín apresado á los persas, obras con las cuales los griegos mostraban su agradecimiento á los dioses (y de las cuales, á lo menos una, la de Delfos, se ha conservado hasta nuestros días en Constantinopla); mientras el arte dramática sacó de los grandes acontecimientos de este brillante período nuevos asuntos para sus composiciones; Esparta fué la potencia directora del mundo griego. Hallábanse, sin embargo, fuera de su dominio los italiotas y los siciliotas: por un lado se pasaron mas de cincuenta años hasta que el vuelo occidental de la Grecia se iniciase sensiblemente en los grandes movimientos de la madre patria; y por otro la célebre guerra que con medios exclusivamente propios siguieron los siracusanos y agrigentinos contra los cartagineses, habia robustecido y asegurado la situacion de la monarquía de Siracusa de tal modo, que la dinastía de Gelon, quien despues de la batalla de Himera habia sometido al príncipe Anasiclao de Mesana y Regio, no necesitaba en modo alguno el apoyo de otra potencia griega.

El resto de Grecia consideró entonces favorablemente las pretensiones de los espartanos á la hegemonía, tanto mas cuanto que su diplomacia no fué tan insensata como con ocasion de las fortificaciones atenienses. El espíritu nacional griego habia tomado un incremento hasta entonces desconocido: aquellos Estados, que durante la gran guerra se habian mantenido en una cobarde ó páfida neutralidad ó habian abrazado la causa de los persas, no tuvieron entonces influencia alguna. Los argivos, enemigos los mas acérrimos del poder laconio en el Peloponeso, estaban completamente desacreditados; Tebas, la comprometida capital de Beocia, que ignominiosamente se habia desviado del espíritu nacional griego, tuvo que sufrir durante una generacion las consecuencias de su comportamiento anti-nacional. La union panhelénica entre las razas que se extendian desde los límites orientales de la Jonia asiática, hasta el mar Adriático, fué entonces tan fuerte, que los helenos por espacio de cerca de veinte años sufrieron la imposicion de una especie de liga panhelénica en la esfera política, siendo este el único ejemplo que nos ofrece la historia griega de haberse conseguido este objeto espontáneamente. Solo Esparta pudo ponerse al frente de la alianza griega, pues se habia encargado durante la guerra de la alta direccion formal de la misma. Atenas no podia pretender ocupar esta posicion, pues todos los helenos, sin excepcion, habian dado al olvido su superioridad política, su abnegacion y sus importantes servicios. Los Estados y partidos aristocráticos y las antiguas comunidades, que estaban subordinados á los espartanos, habian visto con envidia la nueva potencia democrática que se les aparecia como una peligrosa advenediza. Los atenienses, por su parte, tampoco pensaban disputar á los espartanos su elevada posicion. Sin duda que la invasion persa, afortunadamente para Atenas, habia sido demasiado rápidamente contenida, para que Atica, á pesar de todos sus temores, dejase de echar para siempre los fundamentos de su poder; cierto era tambien que la juventud ateniense no habia sufrido grandes pérdidas en las batallas; pero Atenas habia experimentado proporcionalmente mas quebrantos que ningun otro Estado griego, y en todo caso se hallaba demasiado ocupada en reorganizarse, y en llevar á cabo las nuevas construcciones para disputar á Esparta la direccion suprema; además de que no habia tomado aun aquella direccion la corriente política de la capital ática. El gran Temístocles, el único hombre de Estado de Atenas que vislumbraba con intrépido sentido la futura grandeza de su ciudad, que la consideraba, por su fuerza marítima, como la natural plaza central del mundo griego jónico é insular, el defensor por excelencia de la nacion contra los persas; aquel